

In Memoriam

Luis Balaguer Núñez (1964-2014)



Fig. 1– Luis Balaguer descolgándose por el barranco de El Río (Tenerife), para acceder a una población de acebuche (*Olea europaea* subsp. *guanchica*) y estudiar su ecofisiología, tomando muestras y medidas de las plantas que la conforman. Saluda mientras baja al resto del equipo.

En 1982, el año del mundial de fútbol, obtuve un flamante contrato de profesor adjunto no numerario para impartir clases de Biología general en el Colegio Universitario Integrado «Arcos de Jalón», dependiente de la Universidad Complutense de Madrid. Ese hecho me permitió conocer estudiantes que, con su entusiasmo y ejemplo, me animaron a seguir con mi carrera académica. Con alumnos como Luis Balaguer Núñez merecía la pena hacerse profesor universitario, pese al esfuerzo continuo y al escaso salario. Por la inicial de su apellido, Luis no cayó en mis grupos sino en los de la mañana, los de Feli Mata, la otra profesora de Biología. Yo le conocí a través de otro alumno, de su amigo Fernando Valladares Ros, un año menor que él y que iniciaba la carrera justo ese año. Luis y Fernando eran amigos de la infancia y entusiastas colaboradores en sus trabajos sobre la naturaleza. Encontrarme con estudiantes tan singulares, que con tan sólo 18 y 19 años demostraban tal calidad y claridad de pensamien-

to, fue para mí todo un descubrimiento. Ambos querían ser científicos.

Fernando Valladares recuerda así aquellos momentos previos a su llegada al Colegio Universitario en los que ambos «descubrían la vida»: «Luis, hijo del teatro y la realidad, sintió desde siempre una gran pasión por aprender los misterios de la vida. Mejor diríamos de la VIDA, porque ya a sus trece o catorce años integraba en su aprendizaje la Biología con la humanidad, y compartía con entusiasmo sus descubrimientos de una vida que él siempre entendió en el sentido más amplio del término. Cuando recorriamos la sierra del Guadarrama, cargados de guías de campo y de pesadas tiendas de campaña, recitábamos los nombres científicos de plantas y aves y nos preguntábamos por el tamaño de las poblaciones de tejón. Pero lo que nos impulsaba a madrugar y compartir el frío con Luis era su risa. Y sus acertijos, y sus historias verídicas increíbles. Luis tenía un magnetismo irrepetible. Emanaba un

liderazgo natural. Todos sucumbíamos al encanto de su conocimiento y sus ganas de seguir conociendo, «como presidente o director o jefe», que no recuerdo en realidad cuál era el nombre de su cargo en la manada de veintitantos cervatillos que componíamos el club de ADENA del barrio de la Estrella, Luis organizaba sin esfuerzo paseos ornitológicos, campañas de limpieza como la del Mar de Ontígola cerca de Aranjuez, pintadas colectivas de murales con motivos biológicos o marchas por el barrio cantando villancicos navideños y poder así recaudar algunos fondillos para el club. Las ciencias naturales salían por sus poros y nos contagiaba la necesidad de entenderlo todo. Sacamos adelante nuestro primer y más inocente proyecto editorial, la revista Horizonte, que una vez al mes imprimíamos y fotocopiábamos para llevar luego la montaña de papel al salón de mi casa y montar y grapar allí la centena de ejemplares que producíamos. Casi la mitad de ellos eran para la familia, pero decíamos con orgullo que era una revista internacional ya que además de incluir una sección sobre la naturaleza de otros países, mandábamos dos ejemplares a mis parientes en Argentina.»

Al poco de llegar al «Arcos de Jalón» el magnetismo de Luis era ya más que conocido. Alto, fuerte, de ojos azules y pelo rubio rizado, con una sonrisa constante, amante de la naturaleza, del teatro, la música y la poesía, nos tenía maravillados a todos los profesores por su racionalidad y la sensatez con la que hablaba, pero sobre todo por su capacidad para transmitir emociones y su sencillez cuando contaba las cosas. A medida que trascurrieron los años que compartimos en aquel centro, las tertulias de las sobremesas o las tardes en la cafetería del centro tras las clases se hicieron habituales. Alguna vez se incorporó su padre, Luis Balaguer Rey, director de teatro, y delante de unos cafés o, según la hora, medios de ginebra con limón (con muy poca ginebra y mucho limón) hablábamos de todo, de biología, de naturaleza, de teatro...

La gran sonrisa en la boca y la mirada franca y confiada, Luis siempre escuchaba las opiniones y las asumía en su conversación. Nunca quitaba la razón, simplemente te razonaba para que tú entendieras su punto de vista. Siempre veía la parte positiva de tus propuestas. Así sería siempre; afable, alegre, proponiendo temas de los que hablar. Memorables eran las que yo denominé sus «historias verídicas», a las que ya se ha referido Fernando, con las que nos entretenía y nos hacía reír. ¡Qué suerte tuve en aquellos años! Luego vinieron muchos más alumnos, pero ninguno significó tanto para mí como Luis. La amistad perduraría hasta el final. Yo ya no era su profesor, ya aprendía junto a él.

Así recuerda Fernando aquellos tiempos: «La entrada en la universidad fue tan inevitable como ansiada. Lo mi-

raba con envidia cuando se matriculó en Biología en la Universidad Complutense de Madrid en 1981, pues al tener un año más que yo tuvo la suerte de empezar antes. Sacaba unas notas increíbles, y pronto los profesores de aquellas clases de más de trescientas personas le reconocían en los pasillos y le saludaban con afecto. En esos años universitarios se fraguó un Luis científico y profundo. De los paseos por la Comunidad de Madrid salió un trabajo que quedó clasificado entre los 50 mejores trabajos para el 1^{er} Premio Internacional Príncipe de Asturias para Jóvenes Investigadores convocado por el Ministerio de Cultura (1980), un premio que compartimos y disfrutamos como si nos hubieran dado un Nobel.»

Después de ese vino otro trabajo importante de investigación de su época de estudiante: «Catálogo de los árboles monumentales de la Comunidad de Madrid» (1985). Con él recibió el segundo galardón del «Premio Internacional para Jóvenes Investigadores de la Naturaleza 1985» (Resolución de 3 de febrero de 1986 del Instituto de la Juventud, BOE de 10 de marzo de 1986). Yo tuve la fortuna de intervenir como asesor en ese proyecto. Con su parte del premio, Luis se compró su primer ordenador ¡un Amstrad de fósforo verde!

En ese año de 1985 se clausuraron los estudios de Biología en el Colegio Integrado. Luis pasó a la Facultad de Biología de la Universidad Complutense para continuar su formación. Yo me fui al Departamento de Botánica de la Facultad de Farmacia. De todas formas, seguimos viéndonos, pues al poco obtuvo una beca de colaboración del Ministerio de Educación y Ciencia (MEC) en mi departamento. De las opciones de especialización, Luis se inclinó por la Botánica. Poco a poco se fue adentrando en la biología y ecofisiología de los líquenes y, posteriormente, de las plantas vasculares mediterráneas. La beca de colaboración le dio la oportunidad de trabajar con Leopoldo García Sancho en el estudio del género *Umbilicaria*, trabajo que presentó en el congreso de la IAL (International Association for Lichenology), en Münster (Alemania), en 1986. En este tiempo conoció a la que fue su mujer, Inmaculada Casas Flecha, también alumna interna del Departamento de Botánica en la Facultad de Farmacia. En la facultad de Biología se encontraría con profesores que marcarían su futuro docente e investigador. Entre ellos, María Eugenia Ron sería definitiva en su formación como enseñante. De María Eugenia aprendió la claridad en las exposiciones y la profunda preparación de cada clase para hacerlas fácilmente comprensibles y atractivas. Con ella inició más tarde, en 2000, un proyecto de innovación educativa pionero en la Facultad: «Fundamentos de botánica con claves para la comprensión de la ter-

minología botánica en soporte informático y formato hipertexto».

De los años de especialización en la licenciatura, **Esther Pérez Corona** lo recuerda así: «Éramos unas decenas de alumnos los que en 1985 nos decidimos por la Biología Vegetal, Luis y yo entre ellos. Aunque no nos conocíamos, rápidamente empezamos a organizar salidas de campo en el vehículo de José Antonio Dundov, el único motorizado. Yo solía ser la única mujer en estos grupos. Pasábamos el día herborizando y determinando plantas. Luis, con su carácter optimista, divertido y esa forma de contar historias sin fin, hacía de la excursión algo único. En el aula Luis era brillante, excepcional, el mejor de nosotros sin duda, pero también buen compañero y divertido, muy divertido. Los profesores le apreciaban y estoy segura que ya veían en él a un prometedor científico y profesor. Relataba con mucha gracia el examen oral de Geobotánica que le realizó D. Emilio Fernández-Galiano. Don Emilio realizó su pregunta y se marchó del despacho, mientras Luis declamaba en soledad los efectos del fuego sobre la vegetación. El examen de grado, cosa que nadie hacía, lo superó con la máxima calificación.»

«Tras finalizar la carrera cada uno siguió su camino. Nos reencontramos en 1997 a mi regreso a la UCM, al Departamento de Ecología, tras mi doctorado en Salamanca. Al poco me propuso una colaboración con el grupo de investigación del que formaba parte dirigido por Esteban Manrique. Empezaban a trabajar en ecofisiología de leñosas mediterráneas y cambio climático y me dijeron que yo podía aportar al grupo mi experiencia en ecología funcional y uso de nutrientes. Ese verano de 1998 lo pasamos trabajando en un experimento de invernadero en Torremocha del Jarama. Para mí, la propuesta de Luis y Esteban fue una oportunidad única que cambió toda mi trayectoria científica y académica. Con Elsa Martínez-Ferri y Fernando Valladares pasamos momentos inolvidables en los que el humor y el trabajo duro se dieron la mano. A partir de ahí se sucedieron los proyectos, los viajes, los recorridos por la Península Ibérica, los acebuches y los ensayos. Una aventura científica y personal que ha durado unos rápidos 17 años.»

Al finalizar su carrera, en 1987, Luis inició bajo mi dirección una tesis doctoral sobre el efecto de los contaminantes atmosféricos en la fisiología de los líquenes y su interés como bioindicadores, trabajo que defendió brillantemente en 1992. Previamente, en 1991, ya había obtenido una plaza de profesor ayudante en el Departamento de Biología Vegetal I (Botánica) de la UCM. Tras su tesis, en 1993, obtuvo otra ayuda que le permitió realizar una estancia posdoctoral en la *University of Newcastle upon Tyne* (Reino Unido), con el profesor Alan W. Davison y el doc-

tor Jeremy Barnes, quienes le introdujeron en el estudio de los efectos del ozono troposférico en los vegetales, incluidos los líquenes, y su interacción con otros contaminantes. Ésta sería la primera parada de una gran etapa productiva que se continuaría con estancias en los laboratorios del profesor Pierre Dizengremel en la Universidad de Nancy (becario Eurosilva) y el doctor Erwin Dreyer en el *Institut National de la Recherche Agronomique* francés (Acciones Integradas con Francia). A su regreso obtendría la plaza de Profesor Asociado tipo II (1996) y la de Profesor Titular de Universidad (2002). Sus estancias en el extranjero abrieron aun más su mente hacia nuevas perspectivas de investigación, enfocándola hacia los efectos del cambio climático, que por entonces empezaba a ser un tema de alto interés científico, social y político. De nuestras conversaciones durante una estancia conjunta en Newcastle surgió la idea de un proyecto de investigación que finalmente presentamos al Plan Nacional. Nos proponíamos averiguar si la coscoja se adaptaría al incremento de temperatura que predecían los modelos de cambio climático. Tras este primero vinieron otros muchos más.

Luis produjo algo más de 60 artículos en revistas especializadas. Todo lo que hizo fue de calidad, original e innovador. Estoy convencido de que fue esa capacidad innovadora la que le llevó a dedicarse primero a la ecología evolutiva de las especies vegetales y, después, a la restauración ecológica de espacios degradados, temas que simultanéó con naturalidad, curiosidad y dedicación. Y fue quizá en este último aspecto en el que Luis empezó a destacar con fuerza y a crear escuela. A este fin contribuyó de manera definitiva su encuentro con el profesor James Aronson del Centro de Ecología Funcional y Evolutiva del CNRS en Montpellier (Francia). Junto a Aronson la visión de la restauración ecológica en Luis daría un giro fundamental. La línea divisoria entre botánica y ecología se haría tan extremadamente delgada que ambas acabarían por confluir para dar cuerpo a una ciencia práctica y útil, aplicable sobre todo a los ecosistemas mediterráneos. Sus inquietudes le encaminaron hacia aspectos conceptuales y prácticos de la restauración ecológica y se planteó escribir un libro sobre el tema junto a Aronson, obra que, desgraciadamente, Luis no podrá ver terminada. La importancia del contexto humano e histórico en los procesos ecológicos centró su actividad investigadora, como bien prueba su artículo «**Forest restoration in a fog oasis: evidence indicates need for cultural awareness in constructing the reference**», en el que deja muy claro la necesidad de conocer los hechos culturales históricos, factores que a menudo han llevado a situaciones actuales aparentemente naturales de los procesos ecológicos.

La docencia era otra de sus grandes pasiones. Sus clases eran exhaustivas y estaban llenas de citas y comentarios para mantener la atención de sus alumnos. Los alumnos veían en él a un profesor bien formado y, sobre todo, motivado. Desde muy pronto se inició en la dirección de tesis doctorales y otros trabajos de licenciatura. Su primera tesis doctoral fue la defendida por Elsa Martínez Ferri. Después vinieron las de Rafael Rubio de Casas, Carlos García-Verdugo, Carlos Granado Yela y Valentín Alfaya Arias. En todos ellos había ejercido una gran influencia y actualmente continúan su carrera investigadora con muy buenos resultados o en empresas donde poder aplicar sus conocimientos.

Dos de las tres tesis doctorales –las de Rafael Rubio y Carlos García-Verdugo– las codirigió Luis con **Pablo Vargas**. Así recuerda Pablo aquellos momentos: «Siempre en las reuniones había mucha ciencia y mucha conexión de todo tipo de ideas, que con el atractivo personal de Luis no pudieron más que derivar en una gran amistad. De una manera natural y no premeditada nos constituimos en el «**grupo Olea**» (con Luis liderando el ingenio, Esteban transmitiendo su risa contagiosa, Esther Pérez Corona poniendo orden y yo disfrutando con todos), grupo que creció cuando incorporamos a nuestras familias. Muy importantes acontecimientos personales ocurrieron en esos seis años de intensa colaboración. Además de conocer el nacimiento de nuestros hijos biológicos, tuvimos la fortuna de criar dos excelentes hijos científicos, ante lo cual venían las bromas de quién hacía de madre... Creo que nadie podrá contradecirme al afirmar que Luis fue un excelente docente, ingenioso científico y aun mejor persona, y que su actitud positiva resultaba ser conectora en cualquier ambiente donde se moviera».

Le pedí a dos de los doctorandos de Luis que escribieran sus impresiones acerca de él. **Carlos García Verdugo** lo cuenta así: «Luis fue forjando mi visión de las cosas desde que le conocí. Como profesor, su enorme capacidad de comunicación y su facilidad para estimular la actividad neuronal no dejaba indiferente. Fue esa calidad como docente, su generosidad con el tiempo y su cercanía lo que me empujó a romper la barrera que hasta entonces siempre había intuido entre profesor y alumno. Gracias a eso descubrí su faceta de investigador y me contagié de su ilusión por conocer, haciendo también mía la pasión por la investigación. Vivimos en un país en el que ser docente e investigador parecen tareas antagónicas. Lo extraordinario de Luis es que supo compaginar ambas brillantemente. Detrás de ese esfuerzo y dedicación no había un sabio encerrado en un mundo paralelo, sino un hombre cariñoso y preocupado por los suyos. Recuerdo su valiente mirada a

los retos y su infinito optimismo. Diste tanto que muchos llevamos bastante de ti». **Carlos Granado Yela** lo recuerda de esta forma: «Luis tenía un don, además de otras muchas habilidades. Te maravillaba y sabías que su huella sería perenne o, mejor dicho, siempre-verde. Y por eso creo que algunas de las palabras de agradecimiento que le dediqué en mi tesis tienen la misma validez tanto entonces como ahora: “Muchas gracias Luis por tu ímpetu y tu cariño incondicional. Gracias por presentarme siempre como el experto en sexo del grupo. Gracias por contagiarme con tu infinita energía y tu incansable entusiasmo. Sinceramente, creo que eres una de las personas más bellas del mundo».

Comprometido con el mundo académico del que formaba parte, entre 2004 y 2006 Luis desempeñó el cargo de Vicedecano de Troncalidad de 2º Ciclo y Prácticas de Campo. Esa era la forma de poner en práctica sus ideas y proyectos de formación, eminentemente prácticos y con miras a establecer nuevas salidas profesionales para los biólogos. Para Luis, la formación en Biología no se debía limitar a las tradicionales salidas profesionales en los ámbitos de la investigación y la docencia. Había que formar biólogos para que pudieran competir en el mercado laboral con otras profesiones del ámbito del medio natural y, sobre todo, de la restauración ambiental. Motivado por el creciente interés de las grandes empresas y las administraciones públicas por restaurar ámbitos previamente degradados, propició la constitución de empresas, formadas por biólogos, competitivas en el desarrollo de ese nuevo campo laboral.

En parte gracias a él, las nuevas generaciones son conscientes de la importancia de estudiar una carrera con el fin de prepararse para un mundo laboral. Formado por parte de sus discípulos, y contando siempre con el apoyo incondicional de Luis, nació «**Creando Redes**», un Foro de Restauración Ecológica constituido por alumnos y profesores con intereses comunes en la búsqueda de soluciones a los problemas de los espacios degradados y su recuperación.

Dos de esos alumnos recuerdan de esta forma la actividad de Luis en estos últimos años de éxito de su iniciativa profesional: «Conocer a Luis ha supuesto ponerle nombre a las ideas, hacer tangibles las ilusiones y aprender a volar alto. De su mano he aprendido el verdadero significado de la visión holística del mundo, de la importancia de lo humano en cada movimiento, en cada palabra, en cada proyecto. Ha sido un compañero vital, la pluma experta que me ha permitido repasar mis propios contornos y reconocermelo en lo que quiero ser» (**Sandra Magro**). «Para mí, Luis ha sido un padre académico, la persona que

hiciera que me enamorase de esta ciencia tan bonita como es la Restauración Ecológica y lo que es peor, convencerme de que era posible que un biólogo montase una empresa de biólogos haciendo cosas de biólogos. Diría tantas cosas que me quedaría corto, así que me quedo con una frase que, como a tantos otros, me marcó en su momento: “Muévete, y el universo se reconfigurará” (**Alberto Fernández Seral**).

Luis nos dejó el 19 de marzo de 2014, a punto de cumplir su quincuagésimo cumpleaños, después de luchar enérgicamente contra la enfermedad, un cáncer de esos que, él ya lo sabía, no suele dejar supervivientes. A pesar de todo Luis fue capaz de añadirle cinco años más a su vida y contra todo pronóstico. Tiempo en el que no se quedó quieto, a la espera, sino que, muy al contrario, mantuvo su actividad y la centró en lo que realmente era importante: su familia (Inma y Beatriz) y algunos de sus compromisos laborales-personales. Durante este tiempo difícil, Luis siempre tuvo palabras de ánimos para todos. Siempre se mostró animado, positivo, vitalista, incansable.

Fernando Valladares, su amigo de infancia, lo expresa así: «Luis se ha ido pero no del todo. Su aliento nos acompañará siempre. Sin embargo es doloroso comprobar que sin Luis nos falta el ojo mejor entrenado en descubrir los detalles más impresionantes que se esconden en el milagro de estar vivos»

A su amistad, le dedico yo ahora estos versos «A unos poetas jóvenes» de Vicente Aleixandre con un hasta siempre:

Jóvenes sois, amigos. Sois buenos. Así os quiero, —si sabios, inocentes, con la difícil luz que es vieja como el mundo y es virgen con la aurora, y si en la noche veo, por vuestros ojos, duros— planetas, apagadas estrellas, crudos astros o lunas pensativas que en la pupila duran —veo también lucientes mañanas, iniciales criaturas que en vuestro ojo amanecen, ojo donde miramos cabal cifra del mundo— que destella a los hombres, con un brillo incansable.

Esteban MANRIQUE REOL
Museo Nacional de Ciencias Naturales
Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Madrid